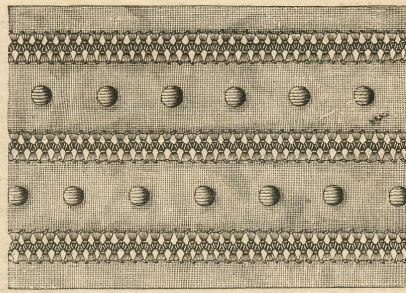
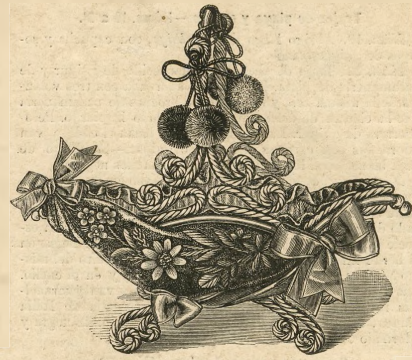


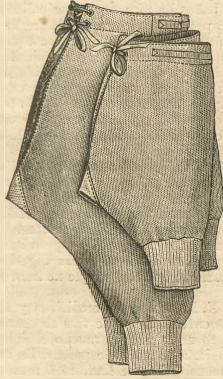
2.—Canastilla para cucharillas de té.



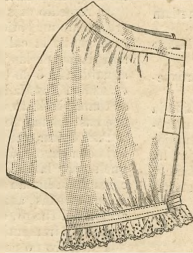
4.—Entredós para lencería.



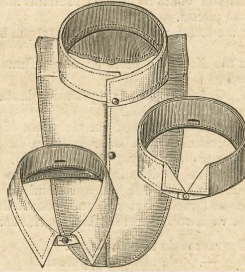
3.—Canastilla de labor.



5 y 6.—Calzoncillos de tela jersey para niños de 4 á 6 y de 9 á 11 años. Explicación en el anverso de la Hoja-Suplemento.



9.—Pantalón para niños de 2 á 3 años. Explic. y pat., núm. XIII, fig. 72 de la Hoja-Suplemento.



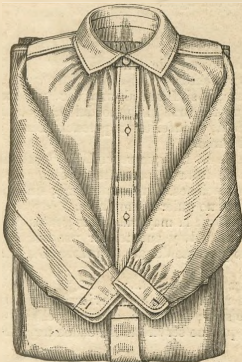
11 á 13.—Pochera y ouellos para jovencitos. Explic. y pat., núm. VI, figs. 32 á 37 de la Hoja-Suplemento.



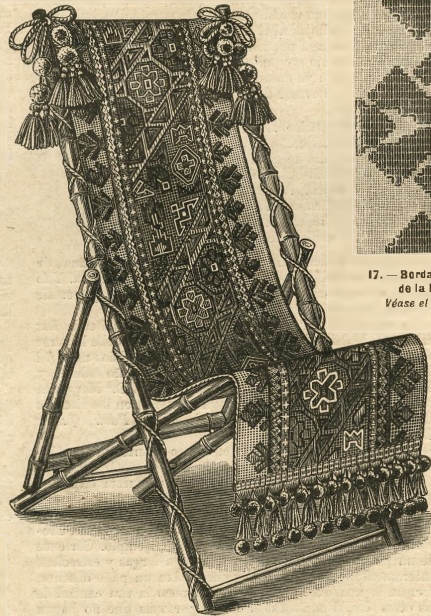
10.—Camisa para niños de 3 á 5 años. Explic. y pat., núm. XI, figs. 64 á 67 de la Hoja-Suplemento.



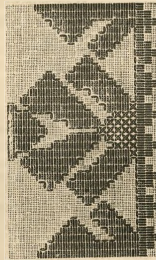
7 y 8.—Camisetas de tela jersey para niños de 6 á 8 y jóvenes de 13 á 15 años. Explic. y pat., núm. XII, figs. 68 á 71 de la Hoja-Suplemento.



14.—Camisa para jovencitos de 11 á 13 años. Explic. y pat., núm. III, figs. 16 á 21 de la Hoja-Suplemento.



16.—Butaca guarnecida de una tira bordada. Véanse los dibujos 17 y 18.



17.—Bordado de la tira de la butaca. Véase el dibujo 16.



15.—Camisa de dormir para niños de 9 á 11 años. Explic. y pat., núm. X, figs. 59 á 63 de la Hoja-Suplemento.



18.—Bordado de la tira que guarnece la butaca. Véase el dibujo 16.

Trajes de playa y casino.—Núms. 19 á 21.

Núm. 19. Abrigo largo de lana beige, con capucha y solapas de guipur blanco.

Núm. 20. Traje de charégen, guarnecido de guipur y de pasamanería de plata. La falda va adornada con tres volantes de la misma tela y una serie de broches de pasamanería que la cierran de arriba abajo, en el lado izquierdo. Peto-chorrera de guipur. Las mangas llegan hasta el codo, y van adornadas con carteras del mismo guipur.—Sombrero de paja blanca, con lazo azul, penacho y antenas negras.

Núm. 21. Vestido de crepón ondulado color de maíz, guarnecido de rizados de guipur negro. Se compone de una faldita sencilla, guarnecida en su borde inferior con un rizado de guipur, y una chaqueta larga y ancha, con una especie de pliegue Watteau, y adornada de guipur negro en el borde inferior del pliegue, por detrás, en lo alto del mismo pliegue, formando como una capucha, y en el cuello. Las mangas terminan en puños embonados y van guarnecidas igualmente de guipur.—Sombrero de paja de Italia blanca, levantado por detrás con un lazo de cinta negra y adornado con plumas negras.

Sombrero para señoritas.—Núm. 22.

Este elegante sombrero es de paja blanca ribeteada de paja negra y paja de color dentada. Por detrás, el ala va levantada con un ramo de flores de adornaderas encarnadas y moradas. El sombrero va adornado además con encaje blanco y un lazo del mismo encaje puesto por delante, pero sobre un viso de muselina negra. Pluma negra de avestruz, y pluma de cuervo.

Este grabado representa al mismo tiempo parte de la espalda del traje (dibujo 1).

Traje de desposada.—Núms. 23 y 30.

Véase la explicación en el *reverso* de la *Hoja-Suplemento*.

Traje de desposada.—Núms. 24 y 31.

Para la explicación y patrones, véase el núm. I, figs. 1 á 9 de la *Hoja-Suplemento*.

Vestido para niñas de 4 á 6 años.—Núm. 25.

Para la explicación y patrones, véase el núm. II, figs. 10 á 15 de la *Hoja-Suplemento*.

Vestido para niñas de 3 á 5 años.—Núm. 26.

Para la explicación y patrones, véase el núm. IV, figs. 22 á 27 de la *Hoja-Suplemento*.

Vestido para niños de 2 á 4 años.—Núm. 27.

Para la explicación y patrones, véase el núm. V, figuras 28 á 31 de la *Hoja-Suplemento*.

Vestido para niñas de 7 á 9 años.—Núm. 28.

Para la explicación y patrones, véase el núm. IX, figuras 49 á 58 de la *Hoja-Suplemento*.

Traje para niños de 11 á 13 años.—Núm. 29.

Para la explicación y patrones, véase el núm. VIII, figs. 39 á 48 de la *Hoja-Suplemento*.

Manteleta de entretiempo.—Núm. 32.

Véase la explicación en el *reverso* de la *Hoja-Suplemento*.

MISCELÁNEA DOMÉSTICA (3).

VII.

Señoras suscriptoras de LA MODA ELEGANTE.

Muy señoras mías: La persona que me preguntó tantas cosas acerca de los niños, y á quien respondí como puede y supe en mi carta anterior, me escribió ayer, diciéndome lo siguiente:

«Puesto que los niños pequeños no hablan ni saben expresar lo que sienten, ¿cómo es posible averiguar sin ser médico la causa de su inquietud ó de su llanto?»

Respondo, valiéndome de lo que he leído en algunos libros de medicina:

Cuando los niños se pellizcan las narices, tienen ascáridos ó padecimiento intestinal.

Cuando se llevan con frecuencia los dedos á la boca, y además se muestran agitados, no tienen buena la laringe. Si mueven mucho la cabeza de un lado á otro, es por la misma causa.

Cuando ponen las manos sobre la cabeza, ó reclinan ésta sobre el regazo de la madre, padecen una afección auricular.

El fruncimiento de cejas y la inclinación de la cabeza y de los ojos para evitar la luz son signos de cefalalgia.

Los gritos agudos, continuados, indican una afección cerebral espinal, grave.

La lividez transitoria, siendo normal la respiración, indica la existencia de una enfermedad aguda grave, especialmente de los órganos respiratorios.

La congestión de las mejillas anuncia una inflamación ó un estado febril, excepto en los casos de caquexia.

La congestión pasajera de la cara, del pabellón del oído y de la frente, el estrabismo con reacción febril, la oscilación del iris, la irregularidad de la pupila y la caída del párpado superior, demuestran que existe padecimiento cerebral.

El enflequecimiento progresivo es prueba de afección crónica ó subaguda, grave.

La curva de las uñas y la hipertrofia vulvar de los dedos son signos de cianosis.

La hipertrofia de la porción esponjosa de los huesos es señal de raquitismo.

(1) Véase el núm. 18.

La aparición frecuente entre los párpados de una secreción espesa y purulenta indica auna debilidad.

La lividez continua, siendo normal la respiración, indica un vicio del corazón.

La falta de lágrimas denota una enfermedad muy grave. La voz ronca indica laringitis.

La voz débil y quejumbrosa anuncia una alteración de los órganos abdominales.

Si la respiración es débil é intermitente y se acompaña de suspiros, existe una afección cerebral.

Si la respiración es intermitente y acelerada, hay bronquitis capilar.

La tos fuerte y sonora indica el erup espasmódico.

La tos ronca y áspera es indicio del verdadero erup.

La tos clara indica bronquitis.

La tos dolorosa y entrecortada indica neumonía ó pleuresía.

La tos convulsiva es prueba de coqueluche.

Y no recuerdo más indicios. Pero, tratándose de niños pequeños, no hay que asustarse nunca por los síntomas, sobre todo cuando no se tienen verdaderos conocimientos médicos. Los niños son como la flor de la maravilla: renacen cuando menos se piensa.

Y ahora voy á contestar á otras preguntas que se me han dirigido.

Una señorita me dice (por cierto en un perfumado billete que indica muy buen gusto):

—¿Dios mío! ¿Qué haré yo para que mis plantas prosperen tanto como las de mi vecina?

—¿Dios mío! No se apure usted por tan poco. Sin duda la vecina tiene la precaución de abonar la tierra de las macetas. Haga usted otro tanto, y punto concluido. El mejor abono para plantas de habitación y de estufa es el que ha inventado el Director de la estación agronómica de Nancy: un caballero que se llama... pues no me acuerdo de su nombre. En fin, allá va la receta, que es lo importante:

100	gramos de nitrato de cal.
25	— de nitrato de potasa.
25	— de fosfato de potasa.
25	— de sulfato de magnesia.

Con cinco gramos de esta mezcla, disueltos en un litro de agua, se riega la tierra destinada á recibir la planta, si es tierra buena; si no es buena, se deslien 10 gramos por litro, y cuando ya está seca la tierra, se pone la planta, no antes. Luego se riega una vez al mes con dicha solución, cuidando de no mojar las hojas ni el tronco, porque se abrasarían. El riego debe hacerse á pequeñas dosis.

Otra señorita me pregunta:

—¿Cómo haría yo basta de fresa?

—Se hace sin fresa. Basta que mezcle usted todo lo siguiente:

Eter butírico.....	5 partes.
Eter acético.....	5 —
Eter amil-acético.....	3 —
Eter amil-butírico.....	2 —
Glicerina.....	2 —
Eter fórmico.....	1 —
Eter nítrico.....	1 —
Eter metil-salicílico.....	1 —

Lo mismo ocurre con la esencia de pera, de manzana, de piña, de membrillo... Se hace sin recurrir á la fruta. Y lo mismo ocurre con casi todas las esencias. ¡Para que se fie usted de los perfumistas!

La señora D.^a Margarita G. H. desea saber cuál es la flor más grande del mundo. A mi me parece que debe llevarse el premio la *Amorphophallus Compauilatus*. (¿Dios mío! ¿Si diré alguna tontería?) Esta flor es de un tamaño colosal, y dicen que no requiere gran cuidado. En fin, D.^a Margarita puede dirigirse á un agricultor que las vende en los Estados Unidos. Señas: *John Lewis Child, Floral Park, Queens Co., New-York*.

Una niña me ha escrito por el correo interior preguntándome qué se entiende por *ilusión óptica*.

Yo no sabré dar á esta pregunta la respuesta científica que le corresponde; mas creo que una ilusión óptica es una equivocación de la vista, puesto que se engañan los ojos imaginando ver una cosa que no es lo que parece ser. Procuraré iluminar esta explicación con un ejemplo. Córtese de un pedazo de papel blanco tres tiras largas y estrechas, enteramente iguales, y colóquense sobre un paño obscuro, formando una ene, y separando un poco la tira central de las otras dos. Pregúntese á varias personas que no hayan visto medir las tiras cuál de ellas es la más corta: nadie dejará de afirmar que la más corta es la de en medio.

Recójense las tiras, ocultándolas un instante, y vuélvase á colocar sobre el paño: dos en forma de aspa, y la tercera vertical, sobre el punto de intersección de las otras. Pregúntese en seguida cuál es la más larga, y todos dirán que es la del centro.

La desigualdad aparente, que lo es también para el que ha medido las tiras, constituye una ilusión óptica. Los ojos se engañan, y la verdad se rie de los ojos.

En la carta de la niña hay una posdata graciosa. Dice así: «¿Y no podría usted darme una medicina para curar el moquillo á Nabucodonosor? ¡Se lo agradecería tanto... tanto!»

Supongo que *Nabucodonosor* será un perro faldero. Mas aunque sea mastín, ó danés, ó de San Bernardo, la niña puede curarle con bastante facilidad: tueste dos ó más hojas de laurel, según el tamaño del animalito, y conviértalas en polvo, que ha de tragarse el pobre enfermo.

El azufre que se pone en el agua por medida precautoria es como la carabina de Ambrosio (aunque no pegue la comparación). Para que el azufre sirva de algo, hay que tomarse la molestia de disolverlo en el agua cada vez que boba el doliente, y es una operación entretenida en demasía. Se pone el azufre en la cazuela *por cumplir* con el perro. Mas la salud sólo hace caso cuando cumplen con ella.

Preguntas de la señora C. L. (Esta señora hace varias preguntas. Siento no poder contestar más que á cinco, por lo limitado de mis conocimientos.)

1.^a ¿Cómo puede quitarse el gusto á cieno que suelen tener algunos peces de río?

2.^a ¿Qué receta me daría usted para componer el vino agrio?

3.^a ¿Cuál es el remedio más enérgico contra las fiebres perniciosas?

4.^a ¿Cómo evitaría yo que se me cargara la cabeza cuando trabajo por la noche á la luz del petróleo?

5.^a ¿Cómo se limpian las estufas, anafes y demás objetos que se someten á la acción del fuego?

Respuestas.—Si los peces de río no están vivos ó no son muy frescos, poco se puede conseguir. En el caso contrario, se les quita completamente el gusto á cieno echándoles vinagre en la boca, y cuidando de cerrar las agallas para que el vinagre penetre mejor.

El vino agrio, si no es agrio por naturaleza, ó lo que es lo mismo, si resulta agrio porque se ha estropeado, se cura con un puñado no muy grande de trigo tostado, puesto en un saquito, y metido en la barrica, pendiente de un hilo. Muévase la barrica, y á las dos horas quítese el saco. El vino recobra la salud, porque el trigo se lleva la enfermedad. Y usted dispense la metáfora. (¿Se dice metáfora? Yo no estoy muy fuerte en retórica.)

El remedio más enérgico para las fiebres de todas clases (receta de un boticario cubano), es como sigue:

Al sentir la calentura, baños de pies con agua caliente, sinapismos en las piernas, paños de vinagre en la frente y agua de tila ó de borraja á todo pasto, hasta que se rompa en sudor. Pasada la calentura, ó por lo menos disminuida, se toma bisulfo de quinina, en fricciones, en bebida, en enemas, hasta que se note sordura; y ya no hay peligro.

Para evitar que se le cargue á usted la cabeza cuando trabaja con exceso á la luz del petróleo, levántese y dé una vuelta por la habitación cada media hora, y tenga puesto cerca de la luz un vaso grande lleno de agua.

Las estufas, anafes y demás objetos que se someten á la acción del fuego, se limpian y se pulen con un betún compuesto de trementina, barniz negro y negro humo.

Y deploro no poder satisfacer los deseos de usted contestando á las demás preguntas que se ha servido hacerme.

La señora de N. B. me dice que su señor esposo anda siempre mal del estómago, con acedias, malas digestiones, etc., y que no hay medio de curarle, porque no tiene fe en la medicina.

Mal negocio, señora de N. B., malo: sin medicinas y sin médicos sólo se curan las enfermedades de tres al cuarto. Presumo que á ese caballero no le afligirá mucho el dolor, que si le afligiera, ya cambiaría de modo de pensar. En fin, á mí no me corresponde aconsejarle: me limitaré á responder á usted, y digo:

Quizá pueda encontrar alivio su señor esposo sin recurrir á la medicina, por ahora, con tal que tenga fuerza de voluntad para hacer lo siguiente:

No acostarse sino después de haber hecho la digestión de la comida ó de la cena.

No beber vino más que con agua.

No tomar liciores.

No beber té ni café.

No comer dulce ni picante.

Pasear una ó dos horas después de comer.

Huir de los ejercicios violentos.

Y sobre todo, no fumar; y si fuma alguna vez, por extraordinaria concesión, no tragarse el humo del tabaco. La nicotina, veneno de la hoja, es inferior en potencia tóxica á la *caldeima*, veneno del humo.

No dirá usted, señora de N. B., que recomiendo pócimas para curar á su marido. Se trata únicamente de obliigarle á que cumpla ciertas prescripciones. Mucho me temo, sin embargo, que su señor esposo no quiera cumplirlas.

¿No ha observado usted que la mayoría de las gentes prefieren adquirir una enfermedad, y aun tolerar penosos medios curativos, antes que privarse de una costumbre ó de un antojo?

Lo que decía mi amigo el general R...:

—Yo no me privo de nada durante el invierno. Pues si me privara de andar, de salir, de comer, de tomar el sol, el viento y el agua, ¿para qué me servirían los baños termales en el verano?

ARACELI.

EL PODER DEL ORO.

Continuación.

XI.

Hay una tarde triste del mes de Septiembre. La posesión de X... sola en la costa cantábrica, parece alzarse como buscandito, más allá de las brumas del mar, un rayo de sol.

Nubarrones grises cubrían el cielo, y una niebla gris flotaba como un velo de gasa entre el acantilado de la roca y la playa: un desbordamiento de tonos grises y tristes.

Apenas convaleciente de su fiebre nerviosa, María se hallaba en el salón Luis XVI, decorado por Guévara, y tan triste en aquellos momentos como todo cuanto le rodeaba. La luz pallida hacía palidecer también el dorado de las molduras y los tonos vivos del techo: la humedad parecía penetrar por las ventanas, fijándose en las paredes y espejos, y María, envuelta en un abrigo de pieles, miraba tristemente al exterior.

En el fondo del salón Dolores leía una novela.

Ni una palabra habían cambiado durante algún tiempo. Dieron las cuatro en un reloj de Sajonia colocado sobre una consola, y María se movió con impaciencia.

—¿Las cuatro ya!... ¡y Juana sin llegar!...

—¡Calma, señorita!—dijo Dolores.—Ya sabe usted que los médicos se lo aconsejan siempre.... Además, que la im-

paciencia no conduce á nada.... ¡Ya volverá demasiado pronto!

María dirigió á la vieja una mirada irritada, y se levantó y salió sin decir una palabra, mientras aquella juntaba las manos con desesperación. Decididamente su situación iba siendo insostenible, y no sabía cómo hablar ya á la niña: desde su enfermedad estaba tan disgustada y nerviosa, que las frases más inocentes provocaban accesos inexplicables de cólera.

Aquella misma mañana, creyendo Dolores comunicarle una noticia interesante, le había leído en la revista de sociedad de un periódico la venta en subasta judicial, á petición de D. Martín Martínez, comerciante de cuadros, de los lienzos, estatuas y objetos artísticos del distinguido pintor Luis Guevara. El revisero añadía que el pintor, lleno de deudas, había tenido que vender hasta su mobiliario, y aludía con reticencias muy claras á cierto proyectado matrimonio con una rica americana, cuyo fracaso no entraba en los cálculos del deudor ni del prestamista.... Y el revisero felicitaba á la novia por no haber caído en el lazo que le tendían.

Dolores leía todo esto inocentemente, mientras que María, pálida de cólera, sentía á cada palabra un dolor más agudo.... Un matrimonio descontento anticipadamente.... ¡Luego el también la engañaba! Desde aquel punto, ni se enteró del resto del artículo, ni escuchó la voz de la lectora más que como un zumbido.

—¿Quién podrá ser la americana?—preguntó Dolores.
—¡Pues yo!—exclamó lacónicamente María, lanzando una carcajada nerviosa, que dejó estupefacta á la vieja.

Ahora aguardaba á Violeta con impaciencia febril. Ésta la había conducido á su posesión de X.... en cuanto fue posible, encerrándose con ella en aquella campiña, apartada y desierta, y allí habían pasado ambas largos días, que fueron para María los más alegres de su existencia. ¡Le parecía tan dulce aquella ternura de que estaba acompañada, las dulces miradas que respondían á las suyas, el apoyo su debilidad cuando andaba en el brazo de su segunda madre! Y pasaba las horas muertas sobre la terraza llena de olorosas flores, mirando el cielo surcado por el vuelo de las gaviotas, la árdua playa y el mar gris á lo lejos. María se sentía renacer á la existencia, y sólo pensaba en el presente, mirando á su lado á Violeta, más pálida que de ordinario y con anchos círculos plomizos que parecían agrandar sus ojos azules.

Esta escribía frecuentemente.
—Juana, dime algo.
—No, déjame trabajar—contestaba ésta sin alzar la cabeza.

María le arrancaba las cuartillas y las tiraba, y cuando Violeta, frunciendo el ceño, quería adoptar un aspecto severo, aquella se colgaba á su cuello.
—No quiero que trabajes, estás muy pálida, y cuando escribes no piensas ya en nadie.... ¡Dime que me quieres! ¡Dimelo!

Y la cólera de Violeta se desarmaba ante aquellas caricias, y por décima vez contaba á la niña su existencia.... La llegada al convento en que se había educado su hermana; su matrimonio con un oficial de marina, que moría pocos meses más tarde; su difícil posición en aquella época y cómo había intentado escribir, logrando un éxito verdaderamente inesperado. María, por su parte, le refería sus sufrimientos y soledad; el recuerdo de sus primeros encuentros y los prejuicios que las habían tenido separadas, robándolas dos meses de intimidad.

Y se acabó eso de marcharte—dijo una vez María abrazándola—¡te quedarás para siempre conmigo!
—Bien; compraré una casita aquí cerca y nos veremos diariamente.

—Pero ¿no viviremos juntas?
—No, ya comprenderás que si lo hiciéramos, el mundo me acusaría de vanidad. No me gustan las situaciones falsas.... ¡Pero, no loores, hija mía, no seas niña!

María dejó el asunto para más adelante.
Pero, á medida que los días transcurrían, Violeta estaba peor. Su palidez era plomiza, sus mejillas se hundían, y la fiebre dibujaba á veces en ellas manchas rojizas; sus ojos parecían más brillantes en aquel rostro fatigado. No hablaba ya de abandonar á María, ni respondía á los proyectos de ésta sobre el porvenir más que con esa especie de complacencia que suelen mostrar las personas graves para los locos proyectos de los niños.... Ya era ella quien necesitaba apoyarse en el brazo de María para andar, y á veces, en medio de una alegre conversación, se interrumpía, y su rostro experimentaba una rápida contracción.

—¿Qué tienes? ¿Estás mala?
—Nada, un espasmo.

María acabó por inquietarse, recordando lo que un día le dijera su amiga la Embajadora, de una grave enfermedad que amenazaba la existencia de Violeta; pero ésta volvía á tranquilizarla.

Hacia dos meses que la artista se volvía á despertar en ella, dándole con verdadero delirio por escribir, trabajando días enteros sin levantar la vista, y permaneciendo abstraída durante largas horas.... La joven no se atrevía á interrumpirla, y un día en que trató de arrebatársela el manuscrito que tanto daño le hacía:

—Déjame, María—dijo dulcemente.—Quisiera acabar este libro....

—Ya lo acabarás más tarde.... Tiempo te queda.
Violeta la miró sin pronunciar palabra.... y María, sintiendo fijos en ella aquellos ojos azules y tristes, acogió de nuevo una idea para ella horrible, que oprimió su corazón angustiosamente.... En un instante se dió cuenta de los grandes cambios experimentados por Juana en pocos meses, y en que no se había fijado mucho hasta entonces, abstraída por sus sensaciones propias.

Violeta había vuelto á abstraerse en sus pensamientos, y María permaneció á su lado largo tiempo sin hacer el menor ruido, tratando de leer en aquellas facciones amadas una sentencia de vida ó muerte.

A los dos días llegaba el Dr. Aznar, llamado imperiosa-

mente por un despacho de su generosa protectora, dejando su casa de Salud, que empezaba ya á funcionar, y donde se prometía hacer prodigios con su tratamiento, y confiando su clientela habitual á su ayudante, un médico joven que parecía un agregado diplomático.

María, en persona, fué á la estación más próxima del ferrocarril á esperar al doctor para confiarle sus temores y saber toda la verdad sobre el estado de Violeta. El doctor tranquilizó á la joven: conocía perfectamente la naturaleza de la enferma, salvada ya una vez por su tratamiento, y éste no podía engañar. Respondió de la enferma. Todo esto dicho con su acostumbrada placidez y su eterna sonrisa....
—¿Podía estar alegre si estuviese Juana tan grave?

—El doctor permaneció sólo un día en X.... Graves intereses le llamaban á la capital; pero al marcharse tranquilizó de nuevo á María.... No había nada que temer.... Un poco de fatiga, los nervios, la anemia.... María, llena de gratitud, le entregó un nuevo cheque de diez mil pesetas, para habilitar una sala de operaciones en el hospital Aznar....

Hay que advertir que una vez coronado por el éxito su pensamiento, el doctor había pensado que podía perjudicarle seguir torcido con la Facultad. Ya se le había censurado que hiciera su reclamo sacrificando á un célebre operador; y aunque protestó de la inocencia de sus intenciones y repitió que nadie como él admiraba á su ilustre compañero, el más ilustre cirujano de la época presente, el agredido y sus partidarios habían consagrado á Aznar un odio de muerte. Este tuvo entonces un rasgo genial; fué en busca de su enemigo para rogarle que se asociara á su empresa caritativa, aceptando el título de cirujano-jefe de su hospital. Entre ambos salvarían á la humanidad; uno cortando y rajando, y el otro empleando medios más persuasivos. Se hizo la paz, que se firmó en solemne banquete, y á la hora de los brindis Aznar hizo un elogio entusiasta del gran operador, y éste respondió con otro proclamando la superioridad del tratamiento Aznar sobre todos los conocidos hasta el día. Este banquete fraternal tuvo bastante resonancia é hizo sonreír de desprecio á los verdaderos sabios.

Mientras que María acompañaba hasta la estación al doctor, Violeta, más pálida que de costumbre y envuelta en su chal, salió de casa apoyada en una sombrilla de puño alto. Era á la caída de la tarde, y el sol despedía inflamados rayos de entre las nubes; iluminábase con aquel resplandor las azuladas olas del mar, y una ligera bruma se extendía sobre la playa. Violeta se detuvo un instante pensativa. La calma de la Naturaleza penetraba en ella, y su alma de artista se estremecía. Se dijo interiormente que la sensibilidad exagerada, tan dolorosa á veces, ¡resta también goces desconocidos, y que vale más tener una gran facultad de sufrir, si se tiene también para comprender la belleza.

Una brisa que pasó por el acantilado, con olores de mar, despertó á la artista de sus sueños. Un estrecho sendero, inmediato al abismo, llevaba á un pequeño cementerio de pescadores, sobre las peñas, á cien pies de altura sobre el mar. En aquella dirección caminó lenta y cansadamente.

Y mirando al mar, recordó lo que la había dicho el doctor.... No tenía nada grave, y él la salvaría.... Quiso creerlo, recordando su acento de convicción, su mirada segura, su amable y tranquilizadora sonrisa.

—Seguramente no es peligroso—dijo en voz alta para convencerse más.

Pero algo en su interior protestaba: una voz irónica que respondía á los lugares comunes de aquel médico con la enumeración de lo que diariamente padecía. ¿Nervios?... ¿Anemia?... ¿Y aquellos violentos y agudos dolores, con los que parecía detenerse su corazón y ponerse á morir? ¿Y aquellas crisis, y aquellos insomnios, más frecuentes cada vez, que ocultaba á María? ¿Y aquella extrema debilidad que la dificultaba andar sola? ¿Y la exagerada nerviosidad que la hacía sorprender instantáneamente el sentido de todo lo que antes no hubiera adivinado?... ¡Indudablemente, á pesar de las seguridades del doctor, estaba perdida!....

Ante semejante idea se sintió pasada de un vértigo: el cielo, el mar luminoso, el campo lleno de sol, le parecían turbios, cual si se mirase al través de un cristal ahumado.... Una violenta palpitación la obligó á detenerse y tuvo que pararse, apoyándose contra una roca, hasta que le pasó.

Apoyada en su sombrilla había seguido su marcha, llegando á la tapia que señalaba el término del camino, y se sentó sobre una piedra, junto á dicha tapia, que ocultaba las humides tumbas. Y en aquel paisaje grandioso, ante aquel horizonte inmenso, Violeta trató de familiarizarse con la idea de la muerte.

El ser débil, la mujer, intentó al principio sobreponerse; cerró los ojos, se absorbió en sí propia y escuchó los latidos apresurados de su corazón, que pronto se detendrían.... Sintióse presa de la desesperación ante la idea de que estaba allí, viva, y llevando consigo un germen mortal.... que iba creciendo, creciento, sin que nada en el mundo lo pudiera contener. ¡Y á los veintiocho años! ¿Por qué Dios la había hecho vivir, siempre desgraciada, sola y condenada á la violenta separación de los seres amados? ¿Por qué fijarse la muerte en ella y no en aquella pescadora que cantaba en la playa cogiendo conchas? ¿Por qué no en otros seres, cuya desaparición no lamentaría nadie acaso?

Violeta tuvo un momento de rebeldía y lloró.... Después alzó los ojos, y vió el mar, siempre azul, el cielo, siempre luminoso, y se tranquilizó.

En el cementerio las tumbas se hallaban cubiertas de altas hierbas, que se agitaban con el viento y alocaban sus penachos como para hablarse en voz baja, por temor de despertar á los que dormían. En numerosas cruces de madera, muchas de ellas derribadas por tierra, se leía invariablemente junto al nombre del cadáver: «Muerto en el mar.» Viejos y jóvenes, grunetes de quince años, viejos destruidos por los años, todos, todos.... «Muerto en el mar.»

Violeta leía marqñalmente, mientras el sordo rumor de las olas llegaba hasta allí.... El mar arrullaba á sus víctimas, después de haberlas dormido.... ¡Allí convenía ir para acostumbrarse á la idea de la muerte! Pero ¿se sufriría mucho en el último momento.... al separarse lo que vuelve á las fuerzas naturales y lo que entra en lo eterno?

De repente sintió que dos brazos la estrechaban, y que una voz dulcísima y querida le decía con un boso:

—Querida mía.... No estás triste.... El Doctor me ha asegurado que no tienes nada.... ¡Mírame con tus azules ojos! Era María. Entonces comprendió Violeta que el único sufrimiento.... es el disgusto producido á los seres amados.

Y cuando regresaban á la posesión, decía la niña:
—Estás muy fatigada.... to has venido muy lejos.

—Sí, muy lejos—respondió Violeta mirando la casa, que sólo distaría unos quinientos metros.

Durante algunos días, María no tuvo ningún temor; con la extraña egredad que nos ciega los ojos sobre el verdadero estado de los que amamos, no quería ver la progresiva debilidad, los sufrimientos más agudos cada vez, todos los síntomas que para otros hubieran sido convincentes.

Violeta se negaba á salir y obedecía las prescripciones del Doctor, por complacer á su sobrina; estudiaba casi sin tristeza los progresos del mal, y daba gracias á Dios porque evitaba á María la angustia de ir muriendo lentamente.

Los días iban haciéndose más cortos y tristes; sobre las orillas de aquel mar irritado frecuentemente, Septiembre es ya un preludio de invierno; frecuentes borrascas solían sacudir las ventanas de la posesión. Durante largas horas de lluvia y de nieve, Violeta, que por su debilidad apenas podía dejar su sillón, escribía y escribía, teniendo á veces que detenerse en mitad de una palabra, por una de las horribles crisis que el Doctor llamaba nerviosas.

Su objeto supremo era terminar aquel libro, dejar en sus páginas un pensamiento elevado y generoso que la sobreviviera. Un día cayó de sus dedos la pluma, se sintió desmayar, y murmuró desesperadamente:

—¡No podré acabarlo!

María, que estaba á su lado, escuchó la frase y se apoderó de ella terrible espanto, teniendo la intuición de que la engañaban, y admitiendo por tercera vez la idea de un gran peligro.

Entonces no acudió á ninguna celebridad científica de la capital, sino á un médico viejoito de pueblo, á quien solían encontrar las dos mujeres en sus paseos. Y mientras le buscaba pensaba que aquel desconocido, cuando las miraba tanto al encontrarse con ellas, veía acaso lo que ella no había logrado ver....

Llegó el médico, y á la primera y rápida inspección comprendió que el gran Aznar se había engañado, y que por su indiferencia no había dado muerte, pero sí dejado morir á aquella mujer. Cuando el médico salió, después de su prolongada visita á la enferma, ésta dijo á María:

—Querida mía: me es necesario marchar á Madrid para una consulta, y el Doctor consiente en acompañarme....

—Pero ¿es grave tu mal?

—No te asustes.... Estaré fuera algunos días, y tú quedarás aquí.... Te lo mando—añadió con tono firme, observando en la joven un signo de protesta.

Y como María, aterrada, y sintiendo la amenaza de una catástrofe, se apartara para ocultar su llanto, su tía la abrazó:
—No loores, hija mía.... voy á curar. Pronto no sufriré nada.

Al día siguiente marchó á Madrid, y María esperaba su regreso en la tarde de Septiembre en que la hemos visto al comienzo de este capítulo.

XII.

NARRACIÓN DE MARÍA.

Y como no podía permanecer en un sitio por la inquietud que experimentaba por su tardanza, salió con la intención de ir á su encuentro. A las cinco, y en Septiembre, anochece casi, y yo andaba ligeramente, como si por apresurarme pudiera hacerla llegar más pronto. No pensaba siquiera en lo que pudiera temer esa desdichada Dolores, que parece no estar á mi lado más que para perjudicarme inconscientemente. Es el tipo de la torpeza moral, con una tendencia especialísima para pronunciar precisamente las palabras que debería callar.

Yo corría, hundiéndome en la espesa bruma; oía el mar en lo bajo de las peñas, y dejaba á un lado el pequeño cementerio, junto á cuyas tapias la había encontrado un día reflexionando con gravedad. ¡Cómo recuerdo aquel momento y la triste sonrisa que me dirigió al verme!

He andado tanto, que no sé ya dónde estoy.... El frío me penetra, y ahora mi pensamiento se dirige á él. ¡Todos los disgustos juntos! Representaba conmigo una comedia.... Se me había acercado simulando el mayor desinterés, por conquistar á una heredera.... Pero ¿se puede mentir con aquel acento? ¿Qué infamia! Cuando pienso en aquella entrevista en que él mismo me decía que era preciso separarnos.... Sólo se retiró para impresionarme más.

¡Ah! ¡Cómo sufriría si Juana no absorbiera en estos instantes todo mi pensamiento!.... Pero se hace tarde, y en el reloj de la inmediata aldea ha dado una hora que ha llegado indistintamente hasta mí.... Ahora se escucha otro ruido que parece el de un coche.... ¡Ella sin duda! Me he quedado parada en el borde del camino, y el cochero, que me ha visto, detiene los caballos.... Me lanzo á la portezuela.... He tenido tal miedo de no volver á verla.... ¡Juana! ¡Querida Juana!.... Oigo dentro una exclamación.... ¡Gran Dios!.... ¡No es ella!.... ¡Es Luis!

Mi primer pensamiento fué un temor horrible: creí que había muerto, y que él acudía á participármelo. Luis me adivinó, y se apresuró á decir:

—No, no; está en Madrid, donde permanecerá algún tiempo. La traigo á usted carta suya, y juro que no está peor.

Subí al carruaje, á su lado, y los caballos arrancaron con vertiginosa velocidad. Mi corazón latía violentamente, y me parecía estar soñando. Tenía en mis manos aquella carta que aun no podía leer, y á la angustia de la incertidumbre se unía la de tener á mi lado al hombre á quien juzgaba amigo, y que era un falso y un vil.... Mi indignación era



19 á 21. — Trajes de playa y casino.

Copyright, 1902, by Harper and Brothers.

tan grande, que necesitaba violentarme para no lanzarle al rostro mi desprecio.

Aquel viaje nocturno fué muy largo.... Él llevaba su hipocresía hasta fingir frialdad, y me llegaba á inspirar lástima por el fracaso de su comedia.... Ignoraba sin duda que yo estaba enterada de todo por el periódico.

Llegamos; saltó á tierra y me ofreció la mano, que no acepté.... Y entré en casa rápidamente para leer la carta, que me quemaba las manos. Dolores, á quien encontré en el ves-

tíbulo, se molestó queriéndome pintar sus inquietudes, porque no la miré siquiera. Mi mano temblaba al romper el sobre.

La carta decía así:

«María queridísima: Estoy más enferma de lo que yo misma había creído; pero tranquilízate, porque no es cosa de cuidado. Permaneceré en Madrid algunas semanas, lo puramente preciso para seguir un tratamiento enérgico. No me duele nada; pero te ruego encarecidamente que no vengas

aquí, porque empeoraría. ¿Te he dicho que estaré aquí algunas semanas? Pues tal vez sea cosa de pocos días.... No vengas. Te envío á D. Luis Guevara, para que no estés sola en tu posesión. María: es el único amigo verdadero que tienes: ámale sin dar oídos á tu orgullo, y ahogando todas tus tristes desconfianzas. Recuerda que á mí me juzgaste mal en un principio. Sé que él te ama verdaderamente.... Cásate con él.... Y sobre todo, no vengas.»

Esta extraña carta, escrita en frases cortadas y con letra



22. — Sombrero para señoritas. Véase el dibujo 7

desigual, me sumió en profundo estupor. Véase claramente que había tenido que interrumpir diferentes veces antes de terminarla y que reconcentrar mucho sus ideas. ¿Estaba enferma y me alejaba de sí? ¿Qué quería decir todo aquello, así como su consejo relativo á Luis?... Ella creía que me amaba; pero yo sé á qué atenerme.... *Cómate cou él...* ¡Es un delirio, ó una especie de testamento? Apenas había acogido esta idea, cuando me agarré al cordón de la campanilla.

—¡Que entre el Sr. Guevara!.... ¡Pronto!.... Deseo hablarle.

Este llegó inmediatamente.

—¿La ha visto usted? ¿Qué le ha dicho? ¿Por qué me prohíbe que vaya á reunirme con ella?... Está peor, ¿no es cierto?

Nunca había sentido emoción semejante.

Luis me respondió con tono tranquilo, sin mirarme y con monotonía que revelaba una lección aprendida:

—Me ha suplicado que venga á tranquilizar á usted....! asegurándola que no está en peligro. En poco tiempo se restablecerá. No quiere ver á usted, porque cualquier emoción podría serle funesta.

Comprendí que había algo más.

—Lea usted esta carta—dije exasperada al verle tan frío.

La leyó de una ojeada, y me la devolvió sin decir palabra; conducta que me pareció tan extraordinaria, que me hizo perder todo mi aplomo.

—¿Ya comprenderá usted que debo juzgarla muy enferma cuando me escribe semejantes cosas!... Mi pobre Juana se ha dejado engañar por las apariencias... y ha creído ver un amigo donde sólo había un vulgar aspirante á dotes... ¡Mejor! Así podrá decir á usted lo despreciable que le juzgo por haber representado semejante comedia, mintiéndome desde el primer día... ¡Cuando pienso que un periódico me designa con toda claridad, felicitándome por haber adivinado el lazo que me tendían!... Pero no, no es cierto que lo adivinase... me dejó coger en él... Contesté usted algo... ¿Es posible que ni un solo minuto haya pensado usted en mí?... Y si le hubiera llegado á amar, ¿cuánto no sería ahora mi dolor!

Había estado hablando casi inconscientemente, y me detuve aterrada por lo que acababa de decir y por lo que pensaba... Después caí sobre un sillón, desfallecida y sin atreverme á mirarle siquiera... De pronto le vi de rodillas junto á mí, hablando con voz baja y conmovida.

—Marta, pobre niña... Es cierto que le menté á usted el primer día; pero sólo aquel... Después me retiré, porque la amaba á usted... Luego de conocerla me avergoncé de la vida que había estado llevando, y liquidé una situación difícil... Hoy no dependo ya de nadie. El dulce recuerdo de usted es lo que me ha prestado valor para arrostrar el escándalo... porque la amo: ¿se lo juro á usted!

Quise levantarme para huir, sintiéndome débil y dispuesta á creer lo que acaso eran otras mentiras. Entonces él me cogió la mano con una gravedad que me hizo aguardar pendiente de sus palabras.

—Voy á demostrar á usted mi sinceridad, pidiéndola de antemano que me perdone el disgusto que la voy á ocasionar. Hace dos años perdí á mi madre, á quien adoraba. Estaba ausente de su lado, y quiso evitarme el dolor de su agonía. Fui advertido tarde, y cuando llegué á su lado estaba muerta. Tan terrible dolor me ocasionó esto, que me hace estremecer cada vez que pienso en ella... María, he jurado á Juana tranquilizar á usted engañándola... Pues bien, ¿no puedo hacerlo! La amo á usted tanto, que prefiero hacerla sufrir, diciendo: ¡marche usted á Madrid... su puesto de usted está al lado de Juana, para que no muera sola y sin volver á verla!

Quedé petrificada de terror. En un segundo veía aclarados todos los misterios en que vivía envuelta... Mi pobre Juana, sintiéndose morir, había tenido valor para fingir tranquilidad y ausentarse para evitarme una angustia cruel. ¡Y yo, que me atrevía á quejarme del egoísmo universal, y contestaba con injusticias y desconfiadas á todas las pruebas de afecto!

Miró á Luis con angustia, le tendí la mano para darle gracias por lo que acababa de hacer, y me apoyé en su hombro como mi único refugio, derramando en aquellos instantes las lágrimas más amargas de mi vida... Comprendí que aun había en el mundo un ser que sufriera al verme sufrir, y di gracias á ella por haberme enviado... ¡Hasta en eso había pensado, en mandarme un amigo que llorase conmigo!

MARÍA W.

Continuará.

EL ÁLBUM DE LA INFANTA PAZ.



La infanta española D.^a María de la Paz, dulce poetisa y artista egregia, ha formado en el presente año un magnífico *Album* de producciones literarias y artísticas debidas exclusivamente á monarcas reinantes y á príncipes de la sangre: un *Album* incomparable, concurso literario y artístico abierto bajo los auspicios de la graciosa Infanta, y torneo brillantísimo de plumas, lápices y pinceles blasonados con imperiales y reales coronas.

La poesía de León XIII.—El Papa ocupa la primera plana, la página de honor, según el orden establecido por el ceremonial europeo, que reserva siempre al Padre Santo ó á sus legados el primer puesto; y en aquella página figura una delicada poesía de León XIII.

Sabido es que el Vicario de Jesucristo siente pasión nobilísima por los versos latinos, y así como su lejano predecesor el papa San Dámaso cultivaba sin descanso el estudio de la lengua de Horacio y Virgilio para componer admirables epístolas y dictar sentidos epítafios en honra y gloria de los innumerables mártires sepultados en las catacumbas de Roma, el Papa actual, que reina 1500 años después de aquel Pontífice, ha considerado como punto de honor demostrar que la religión católica y la Santa Sede aceptan y bendicen las grandes conquistas de la civilización, escribiendo para el *Album* una poesía titulada *Ars photographica*, que, mal traducida al castellano, dice así:

«El arte de la Fotografía.—¡Con qué vigor ostentas, oh poderosa imagen—grabada por el radiante buril del sol—la nobleza de la frente, los encantos del rostro—la dulzura de la sonrisa y la llama de los ojos!

¡Flor del genio humano, y de la era moderna—prodigio sin rival! En un cuadro académico—la Naturaleza, imitada por el pincel de un Apelles—no palparía con más brillante esplendor.»

No es posible traducir exactamente al castellano la elegante precisión de la poesía pontificia: es menester leer y estudiar en el original esas dos bellísimas estrofas latinas que forman la página primera, el frontispicio del *Album* de la infanta Paz.

Un dibujo del emperador Francisco José.—El jefe de la gloriosa dinastía de los Habsburgos ha enviado para el *Album* un primeroso dibujo hecho por el actual Emperador en su juventud.

La escena pasa en Venecia: un prestidigitador callejero

está detrás de una mesa cubierta de instrumentos de física; en la mano derecha ostenta un frasco, y en la izquierda agita una batuta; el público le rodea, y en primer término aparecen un gondolero, un turco, un soldado y un marino.

Este dibujo, tomado del natural por el Archiduque, viajando entonces por Italia, tiene el alto valor de documento histórico: dos años más tarde, por una serie de imprevistas catástrofes y desgracias de familia, el sobrino del emperador Fernando subió al trono imperial de Austria con el nombre de Francisco José I; pero el futuro soberano, en 1846, cuando trazó la escena del prestidigitador callejero, estaba muy ajeno de sospechar siquiera el peligroso honor que le reservaba el destino, y dió libre curso, con su jovial carácter, al lápiz del artista.

Francisco José tenía entonces diez y seis años, y si un crítico severo podría señalar en aquel bosquejo alguna incorrección en los detalles, también proclamaría que el adolescente Archiduque poseía un don nativo de todo verdadero artista: saber representar los personajes con vida propia, con actitudes y movimientos característicos.

Y es de lamentar que las brillantes disposiciones del futuro Emperador no fueran mejor cultivadas, para que éste sobresaliera en el difícil arte que después enaltecieron otros excelentes dibujantes italianos y franceses; pero los eclesiásticos á quienes la arquiduquesa Sofía encargó de la educación austera de su hijo, heredero del trono, se cuidaron poco de inspirarle amor á las bellas artes, y en cambio le hicieron aprender los ocho idiomas de las nacionalidades que viven unidas, aunque son muy diferentes, bajo el cetro de los Habsburgos.

La Historia está llena de vocaciones frustradas: Francisco José tenía un talento de primer orden para dibujante de costumbres, de cuadros de género, de caricaturas ingeniosísimas; pero merced á su ciencia poliglota, pudiendo fácilmente pronunciar un discurso en alemán, en húngaro, en bohemio, en polaco, en croata, en rumano, en serbio y aun en italiano, la monarquía más cruelmente combatida por la mala suerte, el reinado más trágico en los anales del siglo, la disfrutó y disfrutó de igual popularidad en todas las provincias de Austria-Hungría.

Por chocante ironía de la suerte, el emperador Francisco José había nacido para ilustrar con discretos y espirituales dibujos las páginas de periódicos *amusements* y de caricaturas.

Las marinas de Guillermo II.—En el *Album* de la infanta Paz una marina del emperador de Alemania, Guillermo II, está colocada enfrente del croquis enviado por el emperador de Austria-Hungría, Francisco José; y el contraste que forman las dos obras basta para explicar la batalla de Sadowa.

Porque los Habsburgos, raza amable, generosa, sofiadora, de sentimientos artísticos, debían ser vencidos fatalmente por los Hohenzollern, militares siempre, militares hasta cuando intentan distraer sus ocios dibujando navios y janchas.

El dibujo de Guillermo II parece mejor una obra de ingeniero naval que obra de un artista: un poderoso acorazado está haciendo ejercicios de fuego de artillería, y una chalupa aparece situada á distancia reglamentaria; las olas son correctas, disciplinadas, como un regimiento de la Guardia Imperial; una montaña de forma irregular se destaca en lejano horizonte, con su cresta coronada de nieve, y tan blanca y suave cual las plumas que adornan el casco de gala de un general alemán; las rocas, cinceladas con mucho cuidado, ofrecen aspecto de irreprochable distinción, y hasta en los detalles del paisaje se observa que no han tomado parte en la composición las fantasías del artista.

Guillermo II representa siempre en sus dibujos buques de vapor ó de vela, y su pasión por el mar no se explica invocando el instinto hereditario de su raza: los Hohenzollern han sido soldados, pero nunca marinos, y los Coburgo, antepasados paternos de la emperatriz Federica, madre de Guillermo, no han mandado jamás una escuadra.

Observando los dibujos de Guillermo II, se reconoce en seguida que ha tenido excelentes maestros, porque es punto menos que imposible descubrir en aquellos la más ligera incorrección de perspectiva: la gradación de los términos está sabiamente determinada, los contornos son firmes, las sombras y el claroscuro aparecen en su lugar preciso; pero si el lápiz del Imperial artista es de seguridad indeclinable, también es frío, seco, duro, como la mirada de un príncipe prusiano.

Merced á los perseverantes esfuerzos de sus maestros, el joven Emperador, aunque verdadero Hohenzollern, con todas las grandes cualidades y los grandes defectos de su raza, ha llegado á ser al mismo tiempo un buen dibujante y un marino; pero no tiene los gustos delicados de un Coburgo, y menos los de un Médicis.

Otros Reales artistas.—En una hoja del *Album* se destaca vivamente un grupo de mariposas y flores, pintadas á la acuarela por S. M. la Reina Regente de España.

La corte de Portugal es un *atelier* de pintores: el rey Carlos ha dado para el *Album* un lindísimo paisaje que representa un bosquecillo de laureles y hayas, por el cual pasa una campesina con un cántaro en la cabeza; la reina Amelia ha pintado, á la acuarela, un bello capricho, y la princesa Antonia un barquichuelo de pescadores lusitanos.

La más original, la más vigorosa, la más viva de las obras de arte reunidas en el *Album* de la Infanta es el *Combate de centauros*, del príncipe Ernesto de Sajonia-Meiningen: el asunto es una lucha á muerte entre dos monstruos, y en verdad que para ejecutar el furioso enlace, por decirlo así, de torsos de hombres y cuerpos de caballos no basta poseer el talento del *amateur*, sino la inspiración, el soplo divino del artista.

Ese príncipe Ernesto es el hijo segundo del gran duque Jorge II de Sajonia-Meiningen, única testa coronada de la Confederación germánica que permanece fiel á las tradiciones de Goethe y Schiller: él ha organizado las célebres *Meininger*, una de las mejores compañías dramáticas de Europa, rival acaso afortunada de la *troupe* de la Comedia-Francesca,

de París, y él mismo suele dirigir los ensayos, después de bosquejar al lápiz las escenas más importantes de la obra que ha de ser ensayada.

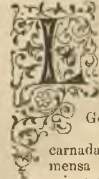
Explícase, por lo tanto, que el joven príncipe Ernesto (nacido el 27 de Septiembre de 1859), educado en tal medio artístico, maneje con perfecta maestría el lápiz y los pinceles, y contribuya como el que más á hacer buena esta locución de los sajones contemporáneos: «La capital intelectual de Alemania no es ya Weimar, sino Meiningen.»

Tal es, muy á la ligera bosquejado, el *Album Pontificio, Imperial y Real* de S. A. D.^a María de la Paz, infanta de España.

EMILIA DE V...

EL PRIMER DON JUAN.

(LEYENDA ASTURIANA.)



Los numerosos turistas que visitan, en la estación veraniega, las montañas y los valles de Asturias, no dejan de subir á las cumbres peñascosas del concejo de Aller, donde palpitan, á pesar de los siglos, recuerdos pósticos de los amores de Alfonso VI y la hermosa Gontrada.

Allí, en la cresta de una roca cénica y descarnada, que surge de profunda sima y se alza á inmensa altura, dominando el ancho valle, existen las ruinas de un castillo que, según la tradición, erigió el conde Juan, magnate que tomó partido y se levantó en armas por los rebeldes hijos del rey Alfonso III el Magno, en la guerra civil que devastó el floreciente reino de Asturias, á fines del siglo ix.

Y aquel conde Juan, vencido en la lucha que sostuvo largos años contra el valeroso conquistador de Toro y Zamora, y obligado á encerrarse en su inexpugnable castillo roquero de Aller, es el protagonista de la leyenda que voy á referir á las lectoras de LA MODA ELEGANTE.

¿Y quién sabe si aquel mismo conde Juan, cuyas aventuras ha perpetuado la tradición, de siglo en siglo, no fué el primitivo tipo del popular Don Juan Tenorio?

Era un seductor inoble, un raptor cobarde y á la vez osado, que se apoderaba con violencia de las mujeres y las hijas de sus vasallos, y las conducía á su castillo...

Todos los días, por la mañana, moribunda en su corcel de batalla, y seguido de escuderos y hombres de armas, tan villanos como él, recorría los valles, las campiñas y los bosques de la comarca, ya sorprendiendo alguna pastorella de Lena, ya acuchando una aldeana de Campomanes ó una montañesa del fragoso país de Quirós; y entonces, cayendo sobre su inocente víctima como fiero gavilán sobre su fascinada presa, la cogía en sus robustos brazos, la sujetaba en el arzón delantero de la silla, y hundiendo las espuelas en los costados de su trotón, emprendía á galope el abrupto camino de su castillo.

En poco tiempo el país quedó desierto: los aterrados campesinos abandonaron sus humildes viviendas, y los habitantes de las villas más populosas construyeron empalizadas y fosos para amedrentar al osado raptor; ninguno se atrevía á alejarse de su hogar á distancia de un tiro de ballesta, ni para cazar perdices y liebres en los riscos, ni para pescar truchas y barbos en las aguas mugidoras de los torrentes.

Un día, el conde Juan, siempre acompañado de sus bandidos, se puso en acecho cerca de los muros de Campomanes; y como la caza de nuevas é inocentes víctimas era ya difícil, mesabase los ásperos cabellos y formaba tremendos planes de venganza contra sus amedrentados y fugitivos vasallos, cuando vio, entre los árboles de espeso bosque, una mujer tan joven como hermosa.

Caminaba la niña lentamente, con la mirada fija en el espacio, y en cruz sobre el pecho las manos, de las que pendía largo rosario; su traje era un hábito de religiosa y sus hombros estaban cubiertos con amplia esclavina esmaltada de conchas; sombrero de grandes alas ceñida el rubio cabello, cuyos sedosos rizos caían sobre la espalda en suaves ondulaciones.

El conde Juan, al verla, exhaló un grito de admiración. —¡Gran Dios!—exclamó.—¡Qué hermosa mujer!

Y al punto se acercó á ella. —¡Estás fatigada, niña?—la dijo.—¡Ven!... Sube en mi caballo, y haremos juntos el camino.

La desconocida le miró, con sus ojos limpidos como el cielo azul de primavera, y sonriéndose dulcemente, contestóle con armoniosa voz:

—¡Acepto!

El conde Juan con sus puños vigorosos levantóla como á una pluma y la sentó en la silla, espoleó á la cabalgadura y dirigióse á galope hacia el castillo roquero.

Y mientras caminaba, llevando en sus brazos aquella hermosa y joven mujer, extraña emoción se apoderaba del conde Juan: dulcísimo sentimiento de amor le invadía el corazón y le subyugaba.

El, cuya voluntad era tan dura que sólo hablaba para imponerla, para mandar despóticamente, se humilló hasta formular un ruego y decir con trémulo acento á su gentil prisionera:

—¿Cómo te llamas?

—Inés.

—Oh, Inés! Si me amases, yo te daría todo lo que me pidieras.

Y la espiritual Inés, fijando su misteriosa mirada en el aplicante del conde Juan, después de largo silencio contestó gravemente:

—Mi amor no se vende... ¡Es necesario conquistarle!

Algunas semanas más tarde circulaba por el país de Aller una inverosímil noticia: el conde Juan, arrependido de sus anteriores violencias, no salía de su castillo roquero. «Una hermosísima princesa (decían las gentes) le ha rendido á sus pies cual humilde esclavo.»

Y la noticia era exacta, porque el fiero raptor de aldeanas se abrasaba en ardiente fuego de amor, no por una princesa, sino por la hermosa peregrina que se le había aparecido en el bosque de las cercanías de Campomanes; y su amor era puro y respetuoso, como si fuese el primer amor de un doncel apasionado y noble.

¿Acordábase alguna vez de su mala conducta pasada, y pretendía lograr el triunfo por medio de la violencia? Entonces la peregrina le miraba duramente, irradiando sus ojos luz misteriosa, lúmpida, fascinadora, y el brutal atrevimiento del conde Juan se desvanecía al punto, de igual manera que se desvanecía la niebla del valle ante los fulgores del sol.

Y á decir verdad, la gentil dama no dudaba de su poder, y era dueña absoluta del Conde: unas veces, fingiendo alegría, organizaba suntuosas fiestas en el castillo, invitando á los nobles de las cercanías; otras, cual si la dominase profunda tristeza, se encerraba en sus habitaciones y pasaba largas horas en el oratorio, prosternada ante una imagen de Santa Inés, su patrona.

Y el conde Juan, más débil que un niño, inclinaba la altiva frente y respetaba las resoluciones de la dama, esperando ablandar con su humildad el corazón insensible de la cruel prisionera.

Para un día del mes de Agosto, cuando las mieses habían sido encerradas ya en los graneros y las nvas empezaban á dorarse en las viñas, Inés llamó al conde Juan, quien corrió hacia ella palpitante de esperanza y deseo.

—Conde—le dijo la dama—quiero alzar un mirador en la torre del Homenaje de este castillo, para contemplar desde allí los picos de las montañas y la extensa franja de color plomizo que proyecta detrás de ellas el lejano mar.

—Mañana vendrán cincuenta albañiles y carpinteros—respondió el conde Juan.

—¡No! Es necesario que vos mismo construyáis el mirador....

El Conde se inclinó, y desde el día siguiente se puso á la obra. ¡Oh felicidad! Cuando la terminó, y la dama pudo contemplar á lo lejos las altas montañas y la franja plomiza del mar, dió una mano al Conde, á través de la verja del mirador, sin permitirle entrar en aquel recinto.

Pero el desdichado languidecía de amor, y cada hora sentía mortales angustias; sólo se consideraba feliz cuando Inés, sin duda para animarle con lindas promesas, le abandonaba una de sus lílufanas manos, que él cubría de besos; invadíale abrasadora fiebre, porque no pudo sufrir mucho tiempo el fuego devorador que le quemaba el corazón, y cayó en el lecho del dolor, llamando con voz doliente á la cruel peregrina y pidiéndola clemencia....

Inés, por fin, se le apareció una noche, deslizándose callada y rígida sobre sus pies desnudos por el pavimento mármoleo: tenía lívido el rostro, los cabellos desatados y flácidos, el cuerpo envuelto en los pliegues de ancho sudario.

Acercóse á la cabecera del lecho donde yacía moribundo el conde Juan, y con voz firme y argentina, como el murmullo de un arroyuelo, dijo así:

—Tu hora ha llegado, conde Juan! Pero antes de morir, sabrás quién soy. ¿No me conoces, infame? Mira, mira en mí el alma de una de tus víctimas, de una de las inocentes doncellas que has seducido! ¡Dios me escoge para vengarte y para castigarte! ¿Has profanado el amor? Pues muere, inerte, de amor. ¡La celeste justicia lo manda!

Y en aquel momento, el conde Juan, retorciéndose como un ermitaño en su lecho, rindió su postrer suspiro.

Y al punto desapareció la visión de la peregrina, y estallando tempestad horrible, cien rayos destruyeron el castillo del conde Juan.

Nadie desde entonces ha puesto su planta en aquel edificio, destruido por la cólera del cielo, y cuyas negras ruinas se levantan aún en la cumbre de un peñasco, en el concejo de Aller.

CONDESA DE CAMPOBLANCO.

UN TURISTA.... COMO HAY MUCHOS.

(HISTORIA DE ACTUALIDAD.)

Los días, mientras dure la inaguantable estación de los calores, tendrá ocasión de leer en los periódicos madrileños larga serie de noticias de este jaez:

«El Sr. X., y su distinguida familia salieron anoche para las provincias del Norte.»

«La señora y las simpáticas señoritas de Z... partirán mañana para San Sebastián y Biarritz.»

«El conde sportsman D. Federico de Y. se ha despedido de sus numerosos amigos, colegas y compañeros para un viaje de cuatro meses por Francia, Suiza é Italia.»



23.—Espalda del traje de desposada. Véase el dibujo 30.

24.—Espalda del traje de desposada. Véase el dibujo 31.

Y como en Madrid, aunque el pueblo le llame *poza airón*, todo sale á la superficie, y todo se ve y se sabe más ó menos pronto, no pasa mucho tiempo sin que salga á la superficie, y se vea y se sepa que la distinguida familia del Sr. X... y la señora y simpáticas señoritas de Z..., y el conde sportsman D. Federico Y., han veraneado en una casucha de Pozuelo ó de Leganes, ó en un hotelito de la Guindalera, ó en cualquier casa de vecindad del barrio del Pacifico.

¡La vanidad, siempre la pícara vanidad, sin temor al ridículo!

El año próximo pasado, en una calorosa tarde de Agosto, encontré en la plaza de Oriente á mi amigo Federico, precisamente el conde sportsman, sin otro oficio ni beneficio, como se suele decir, á quien con acierto de las anteriores líneas.

—Me alegro de verte—dijo con acento de satisfacción—porque así me despediré de ti.

—¡Ah! ¿Marchas, eh?

—Sí, amigo mío: este Madrid se pone insostenible en los tres meses de invierno, como dice el refrán popular.... Y no comprendo cómo tú, que sientes pasión por los viajes, te resignas á quedarte aquí, sudando la gota gorda y aspirando el mortífero polvo de Recoletos y las peligrosas humedades del Buen Retiro.

—¡No puedo salir este año, amigo Federico!

—¡Ea! Pues que lo pases bien, y no me olvides.

Y Federico prosiguió triunfalmente su camino, anunciando su próximo viaje á todos los amigos suyos que encontraba en calles y plazas, en los cafés y en los círculos.

Uno de aquellos amigos manifestó más curiosidad que los otros.

—¿A dónde vas?—le preguntó Julio.

—¡Mira!.... Pues no lo he decidido todavía....

—¿A baños de mar?

—¡Quia! Eso es muy cursi.... Sueño con los lagos de Suiza y los puertos encantadores de Italia.

—¡Oh! Dicen que Italia es un gran país.

—¡Ya lo creo!—respondió irónicamente Federico.

—Y que tiene la forma de una bota....—añadió con más ironía el sobrino Julio.

Y entonces el futuro turista le dirigió una mirada desdeñosa, y se alejó.

Quince días empleó Federico en despedirse de *todo Madrid*, en aceptar encargos y comisiones, en formar y modificar itinerarios, en echar cuentas galanas; y sus amigos y conocidos, cansados ya de oír el mismo tema del conde sportsman, decían á éste, en son de burla, cuando le encontraban:

—¿Pero no has marchado todavía?

—¿Cuándo marchas, hombre?

—¡Has renunciado al viaje, ó te has dejado para Nochebuena?

Y Federico, no pudiendo sufrir aquellas chanzonetas, dijo muy gravemente un día á su amigo Julio:

—Estoy decidido, amigo mío: partiré mañana para Bar-

celona, iré por mar á Génova, pasaré en Suiza hasta la mitad de Septiembre, y visitaré después Milán, Florencia, Venecia, Roma y Nápoles.... ¿Te parece un viaje agradable?

—¡Agradabilísimo!—respondió Julio estupefacto.

—¿Me permitirás que te envíe de cuando en cuando mis impresiones?—dijo el sportsman en voz baja.

—¡Oh, amigo Federico! ¡Has pensado en hacermé un favor tan señalado? ¡Cuánto te lo agradezco!

—¡Cuenta con ellas! ¡Verás, verás lo que es bueno! Por supuesto, Julio, que te doy amplias facultades para que leas mis cartas á nuestros colegas del Club y á nuestros contertulios del Casino.

—Gracias, gracias.... ¿Quieres que baje contigo á la estación?

—¿Para qué? No vale la pena de que te molestes.... ¡Hasta más ver, querido Julio!

Y Federico se retiró muy ufano, erguida la cabeza, afianzándose el monóculo con la mano derecha y dándose golpecitos con el bastón de ébano en el zapato inglés del pie izquierdo.

No valía la pena, en efecto, de que Julio se molestase por despedir en la estación del Norte á su amigo Federico: éste, llevando una modesta maleta, se encaminaba en la noche del mismo día, no á la estación del camino de Llorio, sino al barrio de Pozas; alquiló un cuartito mal amueblado en solitaria calle de travesía, y ajustó á una vieja asistenta para que le llevara de la fonda almuerzo y comida, y le arreglase el lecho y la ropa; establecióse allí heroicamente por toda la estación de verano, creyéndose á cubierto en absoluto de la caudriñadora mirada del *todo Madrid*, y en particular de sus contertulios y colegas.

Ocho días después, Julio recibía la siguiente carta:

«A bordo del vapor-correo Juan Lorenzo.—16 de Agosto de 1891.—¡Qué hermoso es viajar! ¡Cuán libremente se respira entre la inmensidad del espacio y la inmensidad del mar! ¡Y cuánto te compadezco, queridísimo Julio, por haber querido pasar el verano en ese ingrato villorrio que llamamos, ahucando la voz, Madrid!

¡Le aquí mis primeras impresiones de viaje: me embarqué en Barcelona para Marsella y Génova, y á los pocos minutos (¡ya conoces mi carácter comunicativo!) entablé relaciones de amistad con el capitán del barco, ofreciéndole un rico labano.... de los del Club....

«¿Quieres que te hable de los pasajeros? ¡Ingleses, chico, ingleses! Van á tomar el sol á Venecia y Nápoles, porque en su país no hay más que nieblas y humo negro; pero entre tantos ingleses hay una inglesa encantadora, verdaderamente encantadora, con su rostro blanco, sus quevedos de oro y una cascada de cabellos rubios flotando sobre los hombros y las espaldas. ¡Si supieras cómo me mira á hurtadillas, por bajo de los quevedos! Y yo.... ¡chitón, que no se ha do decir todo en la primera carta!

«Aquí dejo la pluma, querido Julio, para subir á cubierta del buque y admirar las líneas fugitivas de la vecina costa y las ondas tranquilas del Mediterráneo que se pierden en el azul oscuro del horizonte.

«Tuyo de corazón.—FEDERICO Y.

«P. D.—Recibirás esta carta, como las que sigan, por mano de la vieja criada de un amigo mío, á quien he encargado de mis pequeños negocios de Madrid.—Vale.»

«A los ocho días, nueva carta fechada en Génova, y en la cual sobresalían estos sustanciosos párrafos:

«¡No puedo más! ¡La admiración me subyuga y fascina! Déjame gritar: ¡Maravilloso, estupendo, incomparable, mio caro!

«No es fácil tener una idea de lo que es Génova sin ver á Génova. Tiene un golfo, pero ¡qué golfo! Tiene un muelle, pero ¡qué muelle!.... Aquí, chico, no se ve más que mármol; mármol en el puerto, en las calles, en los jardines, en todas partes.... Vaya, esto es demasiado mármol....

«¿Dónde está la inglesa del vapor? En Génova también, en el hotel donde me hospedo, con un tío suyo que gasta patillas de color de fuego, y dos primitas entradas en años y con dientes muy largos.... Logré saber que pertenecía á una opulenta familia de Cambridge, y en el mismo día de mi llegada comencé las hostilidades.... Y como en estos asuntos de amor no puedo sufrir que se pierda tiempo, una camarera del hotel, generosamente pagada, se ha encargado de entregar á *miss Arabella* (éste es el pético nombre de la inglesa) un billete mío.... del que espero el éxito más brillante.

«Te diré pronto el resultado...., y entretanto, comunico recuerdos míos á nuestros colegas del Club y contertulios del Casino....

«Tuyo á cuore.—FEDERICO Y.»

Las cartas se repitieron por espacio de tres meses: maravillosas aventuras, ascensiones alpinistas, serenatas y paseos en góndola, encuentros inesperados y felices, combates con los *briganti* calabreses, un diluvio de lirismo!

El buen Federico Y., conde sportsman, no vaciló, para redondear completamente el inaguiario viaje, en fechar su última carta de este modo:

«Sobre el cráter del Vesubio, y escrita á la luz del volcán!»



25.—Vestido para niñas de 4 á 6 años.
Explic. y pat., núm. II, figs. 10 á 15
de la Hoja-Suplemento.

26.—Vestido para niñas de 3 á 5 años.
Explic. y pat., núm. IV, figs. 22 á 27
de la Hoja-Suplemento.

27.—Vestido para niños de 2 á 4 años.
Explic. y pat., núm. V, figs. 28 á 31
de la Hoja-Suplemento.



28.—Vestido para niñas de 7 á 9 años.
Explic. y pat., núm. IX, figs. 40 á 58
de la Hoja-Suplemento.

29.—Traje para niños de 11 á 13 años.
Explic. y pat., núm. VIII, figs. 39 á 43
de la Hoja-Suplemento.



30.—Traje de desposada.
Explicación en el anverso de la Hoja-Suplemento

31.—Traje de desposada.
Explic. y pat., núm. I, figs. 1 á 9 de la Hoja-Suplemento.



32.—Manteleta de entretiempo.
Explicación en el reverso de la Hoja-Suplemento.